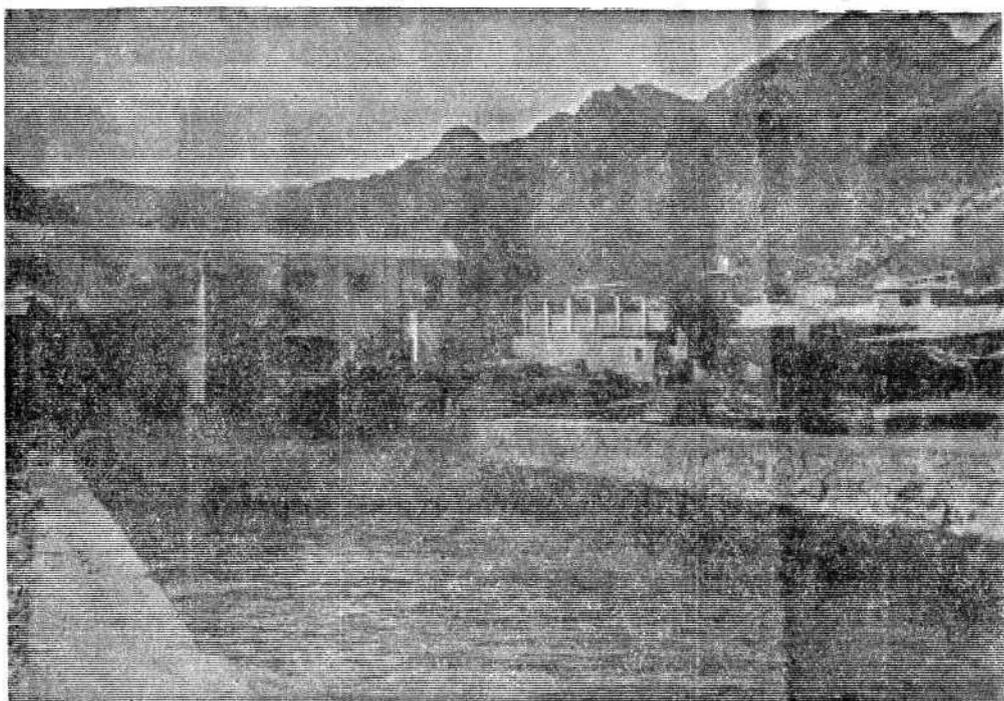


Actualidad In

Pequeña crónica de SANTA CRUZ



En el antiguo varadero de la Junta de Obras del Puerto —hoy desaparecido— uno de los viejos aljibes espera el desguace.—(Foto Juan Hernández).

En el puerto de Santa Cruz de Tenerife han popularizado sus estampas marineras los pequeños cisternas rusos «Sambor», «Kreking» y «Krypton» que, con regularidad, hacen escala para tomar agua con destino a los pesqueros de su nacionalidad que faenan en los bancos y caladeros del Atlántico.

Así pues, una vez más el puerto de la capital tinerfeña vuelve por sus fueros y tradiciones —antiguos fueros y tradiciones— respecto al agua que en él se ha suministrado, se suministrará, y que sin duda alguna constituye un importante e interesante capítulo en su pequeña y, por paradoja, grande historia.

El agua de la Isla, y sobre todo la procedente de los alumbramientos de Aguirre, fue una de las causas principales que determinaron escalas en la época de la navegación a vela.

Corría el año de 1787 cuando, por orden del marqués de Branciforte, se construyeron unos caños para llevar el agua hasta el muelle y, por el uso de estos servicios, el almojarife de la Aduana cobraba un peso por cada embarcación que hiciera la aguada en ellos. Sin

La Prensa santacrucera de entonces daba noticias de ellos, de sus singladuras y de su diario acontecer en las aguas de la bahía que, cada día, daba a la ciudad marinera un regalo azul pintado de barcos. Aquellos periódicos, manchados por el paso del Tiempo que roe, pule y mata, reflejan con claridad lo que Santa Cruz de Tenerife era para los veleros que, en alas de la brisa, llegaban en busca del agua que —al decir de sus capitanes— no se les corrompía en los tranques durante los largos meses de duro y continuo navegar mientras en el silencio crecía el viento.

También era Santa Cruz para ellos, como antes indicamos,

lugar de reparaciones y punto ideal, estratégico, para llevar a cabo los repasos en el aparato antes de lanzarse a la aventura de largos y largos meses —para partir el lomo de los mares al sol ardiente y a la luna fría— que ante sus gallardas proas se abrían. Y así leemos en un amarillento recorte de prensa que, «Ayer, el pailebot americano «William A. Grozier», de 187 toneladas inglesas, varó en seco en la playa, por dentro del muelle, y recorrió los fondos».

Se incluía siempre la obligada mención a la aguada y, días más tarde, los veleros —siempre navegando en flotillas— se hacían a la mar bajo la música

DE LOS CAÑOS DE LA AGUADA A LOS ALJIBES FLOTANTES

sin voz de las gaviotas y, como siempre en el Santa Cruz marino, los periódicos daban detallada cuenta de su marcha.

Vinieron luego los aljibes de vapor —«Alicia», «Alarico», «Tulsa», etc.— de negras y humeantes chimeneas que, años más tarde, fueron sustituidas por las que, con el acompasado latir de sus motores, suministraban el agua de Aguirre a los sucesores de aquellos veleros de antaño que, como ellos entonces, cruzan hoy la mar que toca los corazones con su luz profunda, paz azul y movimiento blanco.

Todas aquellas aljibes fueron al desguace. Pero aun se las recuerda en el puerto, y máxime en estos días en que los cisternas ponen sus grises siluetas y rojos fondos que, pronto, desaparecen de la vista a la medida que las mangueras introducen en sus tanques el buen agua de la Isla, el buen agua que —como los balleneros americanos antaño— hoy consumen los «trawlers» rusos que faenan en los bancos y caladeros del Atlántico.

Hace unos años que una de las viejas aljibes murió para la mar santacrucera en el también viejo varadero de la Junta del Puerto. Era aquella una aljibe con historia pues, si bien nació como gabarra carbonera, fue luego transformada en la balandra «Jorge V» por don Elías Ramos que, con aquel su arte náutico, supo aprovechar las líneas macizas y obtener de ellas un gracil velero. Lo mismo hizo con la que, con el nombre de «Granadilla», volvió a la mar desde los varaderos de Hamilton y Compañía y, ambas con motores diesel, cruzaron el Atlántico canario donde, en aguas del Sur tinerfeño, ésta última se perdió incendiada.

La «Jorge V», pasado aquella euforia de los fletes altos, fue desarbolada y, transformada en aljibe, volvió a las aguas tranquilas y remensadas, a las aguas donde —cargadas de años e historia— murió luego para siempre.

J. A. Padrón Albornoz

LA GUANCHA

Posible unión de dos pu

Por Cristóbal B

de estos servicios, el almoharife de la Aduana cobraba un peso por cada embarcación que hiciese la aguada en ellos. Sin embargo resultaba incómodo el sistema para las numerosas embarcaciones surtas en la bahía, y ello era debido, más que nada, al tiempo que se empleaba en la citada operación, siempre lenta y fatigosa.

En tierra se llenaban los barriles y cuarterolas que, a remolque, se conducían luego a los barcos fondeados para, izados a bordo, transvasarlos a la pipería de la bodega.

En ocasiones —muchas ciertamente— los veleros recalaban sólo para «refrescar la aguada», lo cual significaba hacer nueva provisión o completar la que ya iba faltando a su bordo.

Para evitar en lo posible las antes mencionadas molestias y dificultades, el comerciante de esta plaza, don Juan Cumella, ideó la construcción de un acueducto hasta el muelle y, al mismo tiempo, la instalación de dos llaves en éste.

Esta innovación, verdaderamente necesaria e indispensable para el puerto en franco desarrollo, se autorizó por orden de la Dirección Central de Obras Públicas el 27 de agosto de 1857 y, como antes se indicó, permitió que «pudiesen hacer la aguada los buques de travesía que permanecen en puerto poco tiempo».

Y, concluidas estas obras, la que antes resultaba monótona operación —que incluso retrasaba la salida de los veleros— pudo hacerse con toda facilidad y prontitud.

Con el lento y paradójico rápido paso de los años, el puerto de Santa Cruz de Tenerife aumentó su tráfico y, lógica consecuencia, mayor fue también el número de barcos de todo tipo y bandera que por él recalaban con el exclusivo fin de hacer la aguada y tomar provisiones. Y entre estas numerosas unidades, destacaban por su regularidad y asiduidad las flotas balleneras que, desde Nactuket y New Bedford —los de la «Pequod» y el capitán Acab— llegaban de las Azores, otra escala obligada en su ruta hacia los mares del Sur.

Año tras año, y siempre a partir de octubre, los balleneros americanos recalaban por Santa Cruz de Tenerife y, después de sestear unos días en la tranquilidad de sus aguas —descanso obligado a las sufridas tripulaciones— hacían la aguada, embarcaban víveres frescos y repasaban el aparejo. Y, un buen día, se adornaban con las blancas vestiduras de sus velas y ponían proa al Sur siempre lejano, hacia donde habitaba la mítica Moby Dick.



Panorámica del barrio de Las Aguas (San Juan de la Rambla).

En nuestra provincia contamos con cincuenta y dos Ayuntamientos, demasiadas instituciones municipales para tan poco espacio y riqueza disponible; por lo que se puede observar en tan arbitrarias y anacrónicas divisiones administrativas hechas en nuestras islas, sus fundadores tuvieron muy en cuenta poder tener una salida al mar y otra a la cumbre, tomando como lindero de tales divisiones —en su mayoría— el capricho del cauce de un barranco.

La mayor parte de nuestros pueblos no han demostrado en la historia de su existencia ningún auge económico ni han podido constar con ninguna fuente de riqueza que los haya hecho sacudirse del estado en que siempre han estado sumi-

dos; si alguno ha podido hacer un milagro económico, dentro de su reducida superficie, ha sido llevado de la mano, que le ha podido tender algún organismo superior, por interesar su desarrollo a la causa provincial o nacional.

El pueblo pequeño, según los cauces que ha tomado en la actualidad el desenvolvimiento económico y la nueva concepción de la vida, ya no tiene razón de existir. El municipio de muy reducida superficie y menguado número de vecinos, que son la mayoría en nuestra provincia, no aumenta en habitantes ni en riqueza, como no sea la agricultura, y aún la estamos abandonando por el trabajo más remunerativo que nos ofrecen los centros turísticos o por la emigración a las capitales o paí-

ses «extranjeros, donde se puede obtener mejores condiciones de vida que las que nos puede proporcionar los pueblos en sí.

El pueblo pequeño para su administración oficial cuenta con un presupuesto que sólo cubre los gastos de los empleados que por ley del régimen local y necesidades más apremiantes tiene que sostener, fuera de lo cual no cuenta con cantidad alguna para acometer obras de más o menos cuantía, ni aún para aquellas —en muchos casos— donde el Estado o Cabildo Insular hace sus aportaciones al Municipio, teniendo éste que contribuir con una cantidad determinada.

En estas condiciones se encuentra La Guancha y estimo que todos los demás pueblos de

Por Cristóbal Ba

su categoría y condiciones en orden al número de habitantes y superficie disponible, entre ellos nuestro vecino y colindante pueblo de San Juan de la Rambla, que tanta afinidad guardan sus habitantes con los nuestros en orden al carácter y condiciones de vida por el medio geográfico donde se hallan asentados.

Ambos términos trepan paralelamente desde la orilla del mar hasta las faldas del Teide, separados por las sinuosidades del curso de un barranco y el capricho de unos mojones colocados por el hombre donde aquel no pudo llegar. A pesar de las chirigotas que dentro de sus habitantes se han emitido desde antaño y en menor proporción se siguen emitiendo, han sido y siguen siendo dos pueblos hermanados que se complementan en razón directa de la distribución de sus habitantes sobre el terreno a lo largo y ancho de sus angostos espacios vitales. La capitalidad de cada pueblo se halla situada: La Guancha a quinientos metros de altura sobre la superficie del mar, y San Juan casi a su nivel, a la vera izquierda y derecha respectivamente, del barranco que los separa. Los barrios y caseríos de ambos se encuentran enclavados —en sentido inverso— frente a ambos cascos unidos con los mismos por dos sendas carreteras generales con muy poco desnivel. Los barrios altos de San Juan de la Rambla se sirven en casi todos los aspectos y actividades de la vida, excepto los administrativos, del casco de La Guancha, y a la inversa, los de la parte baja de La Guancha lo hacen en la misma medida en el de San Juan; es lógico que así sea por imposición de medio geográfico al que no podemos escapar y comodidad en distancia y ahorro de tiempo en el servicio que se haga.

Los intereses y familias de los habitantes de los dos pueblos se hallan muy ligados; son muchas las propiedades rústicas que se encuentran en ambos términos que pertenecen, indistintamente, a propietarios del otro; y no digamos nada de los matrimonios que se llevan a efecto todos los años por enamorados de ambos municipios y personas nacidas en uno de ellos que vive en el otro.

Dadas las condiciones apuntadas y otras muchas que se podrían aducir, no hay razón alguna, como no sea el sentimentalismo histórico que poco cuenta en el adelanto y progreso de los pueblos, para que estos dos

Noticiario de LA PALMA

- ★ La Casa de la Cultura, a punto de inaugurarse
- ★ Falleció el Maestro Nacional don Dionisio Arturo Hernández de la Paz

SANTA CRUZ DE LA PALMA
(Crónica de nuestro corresponsal, Domingo Acosta Pérez, por télex).

El edificio de nueva planta con destino a Casa de la Cultura está completamente terminado y, en fecha breve, se completará su mobiliario. Se encuentra emplazado en la zona más céntrica de la ciudad y su presupuesto fue de unos siete millones de pesetas.

NECROLOGIA

Falleció, a los 62 años de edad, el maestro nacional, natural de Fuencaliente, don Dionisio Arturo Hernández de la Paz. La triste noticia ha producido honda consternación en aquella localidad y las limitrofes, dada la trayectoria profundamente humana y caballerosa del extinguido que le había granjeado numerosas amistades.

GRAN ACTIVIDAD PORTUARIA

Una vez más la línea de atraque aparece totalmente ocupada, en especial por varias unidades afectas al tráfico interinsular. Entre los buques entrados destaca el «Río Tambré», con carga general desde Sevilla y que embarcó una importante partida de plátanos para el mercado de su procedencia.